

"Eso que llaman Arte... - Abstracto"

I

Con pretensiones de entrar en el Templo del Arte, surge en las primeras décadas de este siglo un grupo de revolucionarios artistas, que ignorantes de su responsabilidad, se lanzan por caminos distintos a los marcados por la comprensión universal. No les niego a alguno de ellos su cualidad de artista porque lo han sabido demostrar cuando la sinceridad de su paleta gozaba de amplia libertad de acción: pero yo les acuso de especuladores inconscientes de la ignorancia ajena con el fin terrenal de su acomodo económico, que han olvidado por completo su condición, para explotar descaradamente la extravagancia.

Y al igual que la mala hierba, encuentran terreno abonado en los nuevos ricos que surgen después de la guerra de 1914.

A la terminación de esta contienda, Europa se ve invadida por un gran número de potentados nuevos, que povonean su riqueza por las principales capitales y pueblos.

Se compran títulos nobiliarios y haciendo unos años sólo, que eran Tom Smits, ahora hacen llamarse pomposamente «marqués de Smits»... y este marqués de Smit piensa: «Adquirí un título... compré un palacio ¿qué falta?... ¡Las magníficas pinturas de Tiziano, de Rembrant, Durerro, Veronés, Rubens, Snyder o Leonardo de Vinci! o ¡Los maravillosos lienzos de David o Delacroix! pero... ¿Dónde están? ¿Es que ahora no se producen esas obras? Somos poderosos y tenemos prisa por gastar dinero; hemos de ocupar un puesto entre la alta sociedad... ¿No se pueden comprar los genios? ¿No se puede adquirir la inspiración? El arte... ¿no se puede pagar?».

Y aquí se presenta la magnífica ocasión para estos artistótopos

que surgen pujantes y dispuestos a vender su inspiración de igual modo que una mujer vende su honra al mejor postor. Olvidan su arte para transformarse en mercachifles y para justificar su audacia crean la pintura llamada vanguardista, cubista, etc. y ésta, viene a llenar todas las exigencias del «marqués de Smits». Hay que dejar la pintura universal, la lógica, la verdadera para halagar la vanidad del marqués de Smit. Hay que convencerle de que la nueva modalidad es la creada para él, y a él se la dedican.

Se rodean de críticos que la ensalcen y poco les cuesta convencer al «nuevo noble» de que puede decorar su magnífico palacio con los cuadros nuevos. Había que crear ambiente para tapar opiniones indiscretas, que pudieran abrir los ojos a los estafados o engañados, y se lanzan a la lucha haciendo exposición tras exposición... los fracasados resurgen, los impotentes, ... brotan los aprovechados y así ponen en marcha el carro triunfal de su nuevo estilo... y hay premios, hay medallas, hay ya incluso convencidos de que es la nueva pintura la que puede garantizar el éxito artístico. La reacción es pobre, porque pocos son los elegidos y muchos los pecadores.

Llegamos, pues, a la conclusión de que estos pseudoartistas abusando de su nueva posición en el mundo, halagados en su falso triunfo, se hayan propuesto defender con todas sus fuerzas lo absurdo de sus lienzos. Hay intereses creados en su producción. No pueden retroceder, por amor propio; mantienen su error por encima de todos los prejuicios y de todos los convencionalismos, pretendiendo convencer al mundo de que sus virtudes artísticas, son tan difíciles de comprender porque pertenecen (según ellos) a seres superdotados o realizadas

por privilegiadas manos. Para ellos, no hay raciocinio terrenal, no hay inteligencia comprensible, no existe capacidad de captación, ni sensibilidad humana «que pueda definir su arte nuevo» (Mampaso en Correo Literario de 1.º-X-51).

Para mantener su farsa, cuentan con la música y platillo de una «crítica» insincera que a su sombra, liga conceptos y parratadas tan incomprensibles como los mismos lienzos que protegen. Son estos críticos, animadores inconscientes e irresponsables de su misión. Pues ellos bailan al son que tocan las estridencias pseudoestéticas, como los arribistas de esta tendencia, «zarabandan» al son que les toca alguna crítica desenfadada, sin preparación ni conocimiento (José Francés). A tal extremo llega su intervención en este sentido, que hoy los «críticos» se consideran los protectores imprescindibles para mantener la «juerga». Son los puntales que sostienen el castillo de naipes de los jóvenes ilusos, que empiezan la carrera artística, olvidándose que con sus alientos empujan muchas vidas hacia el abismo del fracaso y el artista novel que llegue a estos derroteros encuentra más cómoda la postura y que su nuevo arte sea interpretado por el desenfadado de un crítico poco escrupuloso, que dar él la interpretación concisa al tema representado.

Llenar un lienzo de líneas, sin relación, dislocadas, sin rumbo ni dirección, sin guía ni meta, sin objetivo preciso y amalgamarlo con colores arbitrarios, caprichosos, llevar el pincel o la brocha, mecánicamente, con el único fin de manchar, de rellenar espacios, de embadurnar la tela, es el fin primordial de estos modismos. La crítica, después, se encarga de buscarle relación.

L. SAHAGUN TORIJA